

# 1

Los hechos de la vida, bien que regidos por Nuestro Señor desde los cielos, para nosotros los mortales, que los vemos y padecemos en la Tierra, se asemejan en su desarrollo y concatenación a la tela que fabrican las arañas, con hilos tan leves e invisibles que no se siente su peso ni se sospecha su existencia hasta que estamos presos en ella, sin posibilidad ni manera de escapar. Pareciera, pues, que la suerte de cada cual no se forja golpe a golpe, como consecuencia de los actos y decisiones presentes y pasadas, sino que hilo a hilo es tejida por una caprichosa providencia desde el mismo momento en que nacemos.

Siendo así, para hallar el cabo de la madeja de mi destino habría de remontarme a un día, ya lejano, del año setenta y tantos, cuando el siglo andaba más que maduro.

Fue mi madre Luisa Huillac, hija de una de las damas de compañía de la princesa Cuxirimay y de un soldado de las huestes de Francisco Pizarro, a quien le fue entregada como botín de guerra en reparación, al parecer, por unas joyas de hermosa filigrana y mucha pedrería que mi abuelo había obtenido en el expolio de un palacio, y que el conquistador le requisó para enviarlas como presente personal al emperador don Carlos. Pese al origen tan arbitrario de tal unión y a lo poco que duró, pues mi abuelo casó después con una dama de blanca piel y rancio abolengo, mi madre juntó en su persona todos los dones de ambas razas, nobleza y bondad, encanto, ligereza, valor y resistencia, y una belleza que es difícil encontrar ni en una tierra ni en la otra, por lo que mi padre se enamoró de ella y la mimó y adoró hasta que el buen Dios tuvo a bien llamarla a su lado.

Diego Torres, mi padre, fue de los llegados de Castilla después de la primera conquista, cuando ya estaba hecha la ocupación, como soldado para pacificar el Perú después del alzamiento de Gonzalo Pizarro. Al terminar aquel periodo de guerras civiles y revueltas, mi señor padre dejó la pica y el arcabuz, asentó la cabeza y, aunque nunca tuvo ni recibió encomienda, consiguió licencia para establecer hacienda en el valle de Zaña, donde fundó familia junto a mi madre y salió adelante con ella, pues era hombre esforzado, diligente e ingenioso.

Así pues, si bien legítimo e inscrito como español, soy lo que en estas tierras llaman castizo, o cuarterón, término que anuncia el cuarto de sangre india que corre por mis venas. Lejos de amilarnarme, yo siempre me he enorgullecido de mi linaje y jamás he hecho mayor cosa por ocultarlo, pero es bien sabido que en este Nuevo Mundo la mezcla de las sangres, y aun la proporción de dicha mezcla, es estigma que lo persigue a uno desde la cuna hasta la tumba, y, por más que se pretenda ignorar, tiene su inevitable peso, como más adelante se verá, en el devenir de nuestras vidas.

Fue mi infancia más feliz que desdichada, como el rapaz díscolo y asilvestrado que dicen que fui, siempre corriendo por la hacienda, ideando travesuras, escurriéndoles el bulto a las faenas más ingratas y sin más infortunio que la muerte de mi madre cuando apenas contaba los doce años de edad.

Mas cuando llegué a mozo, y siendo yo el último de cinco hijos y sin posibilidad ninguna de heredar, mi padre me dio a elegir entre las dos opciones que a su recto entender más provecho me reportarían: la religión o el estudio, excusando aquella que, por mi edad y carácter, más me atraía, es decir, la carrera de las armas, por ser, según me explicó, en extremo dificultosa e ingrata.

Pese a la contrariedad de tener que renunciar a la gloria de las hazañas militares, que tan extendida estaba entre los jóvenes, sin dudar lo opté por los estudios, pues nunca he sido muy apegado a los asuntos de la Iglesia. Provisto de muchos consejos, de un ramillete de cartas y recomendaciones y de una cantidad justa pero suficiente de dinero para vivir sin estrecheces, pronto marché a la Ciudad de los Reyes, en la que pasé varios años dedicado a ellos, o al menos conviviendo con ellos. Cursé primero las materias fundamentales de gramática, arte, filosofía, teología y latín, y con una parte de suerte, otra de diplomacia y no poca picardía obtuve la carta de bachiller, que era requisito imprescindible para acceder a los estudios de medicina en la Real y Pontificia Universidad de San Marcos de Lima.

Durante tres años asistí, bien que con cierta intermitencia, a las lecciones de las cátedras de Vísperas y de Prima, donde se enseñaban los Tratados Hipocráticos, la Doctrina de Galeno y el Canon de Avicena, conocimientos que, si interesantes y valiosos para un futuro cirujano, resultaban difíciles de conciliar con la vida desordenada de estudiante en la capital del virreinato. Para un joven alocado y ávido de nuevas experiencias como yo, no era fácil sustraerse

al ambiente de bribonería, pendencias y burladores que por doquier me rodeaba, ni renunciar a las mujeres de partido que llenaban sus atestadas calles, ni al riesgo y la emoción de conquistar a las damas más recogidas o a doncellas casaderas.

En una ocasión, y a cuenta de un amorío pasajero con una señora de alta cuna aunque liviana condición, vime obligado, por no manchar su nombre, a huir de noche y cruzar desnudo el río Rímac, hazaña que me valió unas fuertes tercianas que me tuvieron postrado durante dos meses en el interior de la iglesia de la Magdalena, acogido a sagrado, donde los buenos frailes me cuidaron y rescataron de la muerte.

A causa de esa aventura, enterose mi padre de mis descarríos y mala vida y me obligó a dejar la universidad y los excesos de la Ciudad de los Reyes para regresar al valle de Zaña y a la floreciente villa de Santiago de Miraflores.

El único provecho que saqué de aquellos días, y puedo decirlo ahora, con la sabiduría que da el tiempo y la perspectiva que ofrece la distancia, fueron las muchas jornadas de práctica de medicina que, como complemento a las lecciones teóricas, debíamos realizar en el hospital mayor de Santa Ana para naturales, donde visitamos a muchos y muy variados enfermos, aprendimos los síntomas de las dolencias y padecimientos y la aplicación de remedios y específicos.

Mi padre, si bien se enojó y me reprendió con dureza, no tardó en olvidar mis descabros, me acogió con mucha benevolencia y se dedicó a buscarme una ocupación con la que pudiese tener provecho y ganarme honradamente la vida. Así, gracias a su reputación de hombre juicioso y a sus muchas amistades, conseguí empleo de escribano con el propietario de un pequeño almacén en Cherrepe, el puerto de la villa, que hacía negocio con el abastecimiento y suministro de mercancías a los navíos que navegaban entre Chile, el Perú y la Nueva España.

Santiago de Miraflores, por su excelente ubicación en medio de las principales vías comerciales del virreinato, de la fertilidad de su tierra y los útiles sistemas de regadío que allí habían construido los indígenas, se estaba convirtiendo en una villa próspera, que atraía a muchos vecinos y hacendados de Truxillo y otras ciudades, como don Bartolomé Montes de Oca, mi patrón, que se dedicaba con mucho

éxito al comercio de telas, cerámicas y, sobre todo, de los excelentes cordobanes que producían las numerosas tenerías que se habían establecido en el valle de Zaña.

Tenía mi patrón dos almacenes, uno en el propio puerto de Cherrepe, donde guardaba la mercadería que iba a ser embarcada, y otro dentro de su propiedad en la villa, en el que recibía el género y lo reservaba hasta que se decidía su destino. Y allí era donde yo pasaba la mayor parte del tiempo, dedicado a labores de escribanía. En un rincón bien iluminado que había arreglado como despacho anotaba largas relaciones de mercancías, precios, acarreos, fletes, barcos y nombres. Cuando se acercaba algún navío con el que don Bartolomé tenía contratado un flete, debía viajar al puerto para anotar las cantidades cargadas o descargadas, y supervisar que todo se hiciera según lo acordado. El trabajo me obligaba, por tanto, a recorrer con frecuencia las siete leguas que separaban la villa del puerto, para lo que mi padre habíame regalado un tordillo castrado de pequeña alzada pero andar muy cómodo.

Don Bartolomé, a pesar del gran amor que les profesaba a los doblones amarillos, era persona a la que disgustaban las rencillas que a veces surgían entre los contratistas y se holgaba de mantener buenas relaciones con todos ellos.

—Por transigir y perder unos reales hoy —solía decirme—, ten la seguridad de que mañana ganaré el doble.

Y así se me pasaba el tiempo, entre días ajetreados y otros tan aburridos que, por entretenerme, me dedicaba a escribir cartas de amor a algunas mozas casaderas de la villa, a hacer vanos corrillos con otros jóvenes de mi edad e incluso ayudaba, algunas veces, a los mozos con la carga y descarga de la mercancía.

Poco sospechaba yo que con aquel fastidioso oficio la araña habría de poner un hilo tan sutil como primordial en mi destino, pues me hallaba un día ayudando a los mozos a amontonar unos fardos, cuando un criado me avisó de que don Melchor Navarrete, rico-hombre de la villa y propietario del almacén más importante del puerto, preguntaba por su buen amigo Bartolomé. Dejé lo que estaba haciendo y salí afuera para atender al caballero, a quien no vi por parte alguna, pero frente al almacén se hallaba un birlocho tirado por dos caballos y ocupado por una joven algo menor que yo. Al verla quedé mudo de la impresión, pues era mujer de una belleza tan deslumbrante como no la había visto nunca, pese a que sus ras-

gos proclamaban su origen Navarrete. Mas estaban estos dispuestos con tal primor que, lo que en su padre eran rudeza y vulgaridad, en ella eran delicadeza y perfección.

Observome un instante desde lo alto del carruaje y, al verme sudoroso y tan sucio como cualquiera de los mozos, me tomó por uno de ellos y me ignoró con petulancia. Vestía la damita un brial celeste de rico tejido, demasiado caluroso para el día, y se refrescaba con un abanico de hermoso bordado.

Cuando pude recuperarme de la impresión, me presenté y le indiqué que podría atenderlos mientras esperaban a don Bartolomé, lo que ni pareció interesarle ni modificó su altanería. Sus ojos claros seguían mirándome con insolencia, mas al poco cruzó por su rostro una sonrisa ligerísima que la hizo parecer más hermosa de lo que aún era.

—No será necesario, caballere —me respondió, señalando detrás de mí—, pues a lo que parece mi señor padre ya ha encontrado a vuestro patrón.

Y, acto seguido, tendió la vista al frente y se olvidó de mi existencia. Don Melchor y don Bartolomé se acercaban en amena parla. El primero, al pasar a mi lado, agachó ligeramente la cabeza en señal de reconocimiento y el segundo me pidió que preparase un recibo para don Melchor y me despidió sin misericordia, pues yo habría dado la vida por permanecer allí eternamente, contemplando a la que se había adueñado ya de mi corazón.

Nunca antes me había sucedido una tal pasión por una mujer como la que me poseyó por doña Elena Navarrete, que tal era su nombre, a pesar de que a mi corta edad era ya diestro en lances de alcoba. Pero siempre se han de aprender cosas nuevas en esta vida y, así, las otras mujeres que había conocido se me antojaban ser sin sabor ni color comparadas con ella, que era dama de porte garboso, el rostro angelical, la piel blanca y los cabellos de un rubio dorado igual a los granos del maíz cuando aún están tiernos. Pero lo más admirable en ella eran sus ojos, de una color cambiante según le mudase el humor: azulados en las bonanzas, grises cuando se acercaban tempestades y verdes al ponerse el sol.

No obstante, no era fácil ganar su favor, asediada como estaba por un tropel de galanes, todos ellos, si no más hidalgos y resueltos que yo, sí más acomodados y mejor recibidos por la familia Navarrete por ser cristianos viejos de sangre limpia. Pero un corazón cobarde no conquista damas ni ciudades y, seguro y convencido de

que mi futuro estaba ligado al de doña Elena, no desfallecí en la voluntad de enamorarla.

Después de varios meses de cortejo, de festejarla y pretenderla sin desanimarme en el empeño ni amilanarme por la indiferencia y los desaires con que pagaba mi fervor, por más que a veces lo matizase con promisorias sonrisas y miradas cautivadoras, no había conseguido sino sostener con ella unas breves palabras, necesariamente en público, ganarme la animadversión de sus dos hermanos, que veían en mí a un advenedizo en busca de dote, y, sobre todo, atiborrarme de oír misas, rosarios y novenas en las muchas iglesias y conventos de Santiago de Miraflores que mi piadosa dama gustaba de visitar. A tantas liturgias asistí por estar cerca de ella, que con creces pagué la deuda contraída con el Altísimo en mis irreverentes años de estudiante. Y así habrían seguido las cosas quién sabe por cuánto tiempo, si lo que damos en llamar destino no se hubiese cruzado en mi camino para trastornarme la vida en el breve espacio de una conversación.

Ocurrió que una mañana de domingo doña Elena había ido a misa en la iglesia de San Francisco acompañada por Inés, su sirvienta india, por su hermano Martín Navarrete, mozo poco más o menos de mi edad, y por un tal Abel Hinojosa, buen amigo de Martín y hombre con fama de fanfarrón y mirada de hiena con el que había tenido, a causa de mi hermana Josefa, unas pocas palabras e incluso más que palabras. Y andando el tiempo habría de tener tales diferencias con él, que más me habría valido darle de estocadas y echar su cuerpo al arroyo.

Al salir del templo, se detuvo el grupo en el centro de la plaza, bajo la sombra de un frondoso cedro, para saludar a un caballero santiagueño, y yo aproveché el momento para acercarme a ellos y presentarle mis respetos a doña Elena. Al hacer la reverencia barrí el suelo con el ala del chapeo, como manda la cortesía, y le dediqué un cumplido.

—Nuestro Señor se complace en iluminar la mañana con vuestra presencia, mi señora —le dije.

Estaba ese día alegre mi amada, sin las ganas de otras veces por mortificarme, y recibió mi cumplido con una bella sonrisa que ocultó, decorosa, tras el abanico.

—Y que de ello nos aprovechemos todos, señor Torres —me respondió con muy buena disposición. Parece que la estuviera

viendo allí plantada, con un brial esmeralda a juego con su cutis blanco y su cabellera rubia, envuelta en un halo luminoso tal el que rodea a las vírgenes de los cuadros.

Mas al pronto su hermano Martín intervino con mucha ligereza y no poca descortesía.

—¿A qué señora os referís, señor Torres? —preguntó con la voz suave, en exceso amable, la mirada astuta y una sonrisa hipócrita bajo el bigotillo.

Dado que allí sólo había dos mujeres: doña Elena y su criada Inés, la pregunta planteada era ofensiva de todo punto. Ofendía a su hermana al ponerla a la altura de la sirvienta, y también a esta, pues la dejaba en evidencia. Dudé unos instantes en decidir qué respuesta darle y preferí finalmente ofrecerle una salida que fuera honorable para ambos.

—¿Acaso lo dudáis, don Martín?

Alzó una ceja el Navarrete, haciéndose el sorprendido, se atusó el bigote con el dedo pulgar y dejó escapar las palabras con el mismo tonillo melifluido y burlón de antes:

—Por cortesía lo pregunté, señor Torres, pues sé que entre indios y cuarterones bien os entendéis.

Su amigo Hinojosa rio la salida con mucho descaro, pero el caballero santiaguero torció el gesto y los miró con severidad.

—Señor, guardad las risas para mejor momento —dijo—, y vos, don Martín, mejor sería que cuidaseis los modales.

Agradecí al caballero sus buenas intenciones, pero las palabras no son como las velas, que al igual que se largan se recogen; al contrario: una vez arrojadas ya no se pueden retirar. Y las de Martín Navarrete eran ofensa pública, difícil de lavar. Pero más difícil de borrar en mi ánimo fue la leve sonrisa que iluminó los labios de doña Elena. Una puñalada no me habría hecho más daño. Y como el despecho no es buen consejero, respondí a su hermano con afilado desafío.

—De lenguas sucias están los cementerios llenos, don Martín. —Y llevé la mano a la empuñadura de la daga, que era costumbre acompañarse de ella hasta para ir a misa.

Lo honorable en este caso habría sido callarse y dejar la partida en tablas, o fijar fecha y hora para un duelo entre caballeros, sin damas por delante y con padrinos de fiar. Y tengo para mí que si hubiera estado solo don Martín, quizá nada habría sucedido, ya que,

aunque caprichoso y muy pagado de sí mismo, era inconstante y con facilidad mudaba de opinión; pero Abel Hinojosa le susurró algo al oído y Martín Navarrete engalló la cabeza, desenvainó un espadín muy adornado que portaba y se abalanzó sobre mí.

En un momento nos enzarzamos ambos en mortal contienda, sin que hubiera dado tiempo a nadie de detenernos ni evitar la riña. Tirome el Navarrete un puntazo con muy malas intenciones que paré casi con los gavilanes de la daga y un segundo tajo que también logré desviar sin mucho apuro. Por el rabillo del ojo veía que doña Elena, muy pálida, gritaba algo que no entendí y que el caballero e Hinojosa se le habían acercado y la atendían y consolaban mientras nosotros seguíamos enzarzados en la lid. Yo me movía con rapidez y giraba alrededor del Navarrete, evitando ponerme al alcance de su espadín, que era un palmo y medio más largo que mi cuchillo. Hizo con él varios molinetes, alcanzóme con uno de ellos en el hombro, y, viéndome herido, me lanzó dos, tres y hasta cuatro mandobles cruzados muy violentos aunque un tanto alocados, ya que con el último alzó el espadín en demasía y dejó muy desprotegida su guardia. Yo, que había ido retrocediendo ante sus embates y amagaba el cuerpo hacia uno y otro lado, aproveché el descuido. «Ahora o nunca», pensé, y, agachándome, di un paso largo con el pie derecho y le lancé una estocada baja que mordió su costado.

Tan de prisa como había comenzado terminó el combate, pues mi adversario trastabilló, perdió fuerza y empuje y no hubo más porque doña Elena, a la vista de la sangre, se desasíó del caballero y se interpuso entre nosotros con dramáticos ademanes.

—¡Auxilio! —exclamaba ella, dedicándome miradas tan iracundas que me dolían más que el corte recibido.

—Muerto es don Martín por la mano de un bellaco —gruñía el Hinojosa, arrodillado junto a su amigo.

Con el jaleo de la lucha y las voces de doña Elena, pronto se formó corro a nuestro alrededor y dos alguaciles, desarmándome y prendiéndome, me llevaron consigo.

A causa del lance y de las denuncias que se hicieron, formáronme causa criminal, sufrí un proceso harto retorcido y fui condenado a cinco años de reclusión. Ante sentencia tan injusta, mi buen padre habló con el corregidor de Santiago de Miraflores, con oficiales de



la Real Audiencia de Lima e incluso visitó a uno de los oidores del virreinato; pero como donde fuerza hay derecho se pierde, de nada sirvieron sus oficios, pues en todos los caminos se tropezaba con las influencias y los dineros de don Melchor Navarrete, empeñado en hacerme pagar cara la cuchillada que estuvo a un tris de llevarse a su hijo.

No me quedó otro remedio que resignarme a cumplir aquellos años de encierro y, lo que me pareció peor, a perder el favor de mi amada, que si bien nunca se había mostrado muy propicio, a partir de entonces me fue del todo esquivo. Su desapego me tuvo durante un tiempo triste y apático. Yo procuraba entretener las horas con cualquier pasatiempo, por ridículo que fuera, desde los juegos de azar hasta las pláticas más insustanciales.

Sin embargo, empezase la tarea que empezase, no había día en que mis pensamientos no me condujesen a ella. Si era el juego de naipes, las espadas me recordaban el duelo; si contaban los fanfarrones lances de alcoba, su imagen se me hacía presente; el azul del cielo me recordaba a sus ojos; una cabellera rubia, por más sucia y piojosa que estuviese, me hacía pensar en la suya; el timbre de las voces femeninas, que en la entrada del presidio preguntaban por sus hombres, hacía galopar mi corazón. ¿Tanto era el amor que le profesaba? ¿Acaso a ella no podía olvidarla como olvidé a otros amores anteriores? Me atormentaba meditando en que no era la prisión el lugar más apropiado para olvidar un amor, y me abatía pensando los muchos años de reclusión que me quedaban por delante, sin una ocupación, sin nada que hacer y, aún peor, sin poder hacer nada por conquistar su favor. En los momentos más sombríos me daba por pensar en los muchos galanes que la estarían cortejando, dedicándole relamidas atenciones y desplegando todas sus plumas para ganar su corazón, y me desesperaba imaginando las sonrisas con que ella les recompensaría y temiendo el día en que se prometiera con algún pisaverde, sin que pudiera hacer mayor cosa para evitarlo. Y aunque el paso del tiempo es remedio que cura todos los males, y poco a poco fui recuperando el ánimo y alejando las sombras, lo cierto es que no conseguía arrancarme del todo la espina de la pasión que por ella sentía.

Mas dejaré de lado a mi amada doña Elena, que ya habrá tiempo de hablar más largamente sobre ella, para volver a la araña del destino que, mientras yo me regodeaba en mis desdichas, tejía en silen-

cio la tela que habría de enredarme. Así, lo que mi padre no consiguió con sus apelaciones y una considerable sangría de su hacienda en dádivas a secretarios y escribanos, habría de hacerlo la providencia por medio del mismísimo virrey del Perú, don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, que estaba haciendo un esfuerzo muy importante por ayudar a don Álvaro de Mendaña en su empeño de viajar por segunda vez a las islas Salomón.

La empresa de Mendaña, como más adelante supe, tenía una historia larga y accidentada, pues don Álvaro había explorado aquellas islas en el año de mil quinientos sesenta y ocho en una expedición que partió en busca de la mítica Tierra Austral.

La azarosa travesía duró más de dos años, al cabo de los cuales los expedicionarios regresaron diezmados y divididos, sin riquezas que mostrar y sin haber hallado el continente austral, pero con la asombrosa noticia del descubrimiento de un archipiélago lleno de posibilidades comerciales, que no podía ser sino la antesala del continente; entusiasmo que, dados los escasos resultados prácticos del viaje, las autoridades no compartieron.

Sin embargo, don Álvaro no se desanimó por la frialdad con que fue acogido su descubrimiento y viajó a España para ver al rey don Felipe, de quien consiguió unas muy amplias capitulaciones que lo autorizaban a armar una flota para poblarlas y colonizarlas, y le otorgaban el título de Adelantado de las islas Salomón y de todos los territorios que pudieran descubrirse más al sur.

Sin embargo, las reales capitulaciones, por sí solas, no eran garantía de nada, ya que establecían que la expedición se hiciese a costa del marino, con su esfuerzo y su fortuna, y no de la Real Hacienda. Arduo escollo al que pronto se sumó la enemistad del nuevo virrey de Perú, don Francisco de Toledo, que obstaculizó y dilató claramente los planes del Adelantado, a pesar de la autorización del monarca. Durante años luchó don Álvaro sin resultado contra la voluntad del virrey y contra otros obstáculos y calamidades que, como las pulgas en el perro flaco, se cebaron con él.

Mas al fin el sueño de retornar a las islas Salomón pareció encaminarse a buen puerto merced a la conjunción de dos hechos felices. El uno fue su matrimonio con Isabel Barreto, mujer joven, arrojada y con buena hacienda, asunto nada baladí, pues que la de don Álvaro se hallaba muy menguada. Y el segundo fue el advenimiento del virrey don García Hurtado de Mendoza, que era pariente de su esposa

y pronto se interesó por la empresa y le concedió su eficaz apoyo y patrocinio. Así, casi un cuarto de siglo después, y gracias a la autorización y la importante ayuda del virrey con medios, barcos y bastimentos, don Álvaro pudo hacer realidad su sueño de organizar la segunda expedición a las islas de Poniente.

Pero como lo cortés no quita lo valiente, y dadas las dificultades que el Adelantado estaba teniendo para reclutar a la dotación, el virrey vio en la empresa una ocasión a propósito para librarse de los muchos rufianes que llenaban las prisiones del Perú y dio carta de libertad a cuantos quisieran enrolarse en ella.

Aquel inesperado perdón virreinal fue como lluvia caída del cielo sobre la aridez de mi espíritu, una oportunidad que no podía desaprovechar, pues, aparte de que una expedición al confín del orbe conocido se le antojaba a mi joven espíritu una aventura fascinante, me ofrecía la oportunidad de escapar a la enfermiza atracción que doña Elena ejercía sobre mi espíritu. Ya que no podía tenerla, poner una distancia insalvable entre los dos era, sin duda, mejor solución que permanecer recluido en el presidio de Santiago Miraflores, a pocos pasos de ella y recociéndome a fuego lento con mi alocada pasión.

Así que, cuando se hizo público el bando, no dudé un instante en alistarme en la expedición de Mendaña.

## 2

Por motivos que desconozco, hasta el día veintiuno de abril no me trasladaron desde la cárcel de Miraflores hasta el puerto de Cherrepe, custodiado por dos corchetes que me entregaron a los hombres de don Lope de la Vega. Este capitán había levantado bandera de enganche en los valles de Santa, Zaña y Truxillo y reclutado a más de un centenar de personas de todas las condiciones, la mayoría colonos pobres que habíanse apuntado con la ilusión de poseer tierras en unas islas tan pródigas como las Molucas, pero también a soldados bisonños deseosos de ganar fortuna y honra, a mendigos y fulleros, a unos padres piadosos en busca de almas que convertir y hasta a algunos richombres poseídos por la ambición de riquezas sin igual.

Cuando llegué a Cherrepe ya llevaban tres días fondeados en él los navíos de la flota, balanceándose a un par de cables de la orilla. La ensenada estaba más llena que nunca. En los almacenes del puerto, con sus bodegas colmadas de vituallas, bastimentos y pertrechos para los navíos, los contratistas no desperdiciaban la ocasión para aumentar los precios y hacer su agosto. A lo largo de la orilla se habían levantado numerosas ramadas y tiendas de lona donde se resguardaban los comerciantes que negociaban sus géneros, los oficiales reales, otros funcionarios y las familias que esperaban embarcarse en los navíos. También había multitud de tenderetes donde vendedores venidos de la villa y de la sierra ofrecían verduras, puercos, corderos, aves y otros víveres frescos para que quien quisiera se avituallase y completase su matalotaje.

Los corchetes me condujeron a través de aquel bullicio y me dejaron frente a una mesa instalada a un centenar de varas de la orilla donde se encontraba, bajo un toldo, un sargento contador encargado de anotar a los soldados en el libro de la compañía. A su lado había un jovenzuelo un poco bobalicón que cuidaba los muchos pliegos que se amontonaban sobre la mesa para evitar que el viento se los llevase.

—Señor sargento, os hacemos entrega de este cautivo acogido a la indulgencia del virrey don García Hurtado de Mendoza —dijo

uno de los corchetes mostrándole la cédula de libertad, al tiempo que el otro me retiraba los grilletes.

El sargento recibió el documento de manos del corchete, se tomó su tiempo para leerlo y, asintiendo con una leve cabezada, lo dio por bueno.

—Vuestro nombre —me pidió a continuación, pese a que ya lo había leído en el papel.

—Juan Torres —le respondí—, natural de la villa de Santiago de Miraflores.

El sargento anotó mi nombre y procedencia en un pliego con muchos otros nombres que tenía delante. Escribía con una letra pequeña e irregular en renglones que pecaban de torcidos.

—¿Venís por vuestra propia voluntad? —volvió a preguntarme cuando hubo anotado lo anterior.

—Sí, señor.

—¿Por qué motivo estabais preso?

—A causa de una reyerta con sangre —respondió, adelantándose a mí, uno de los corchetes.

Alzó el sargento el rostro y le lanzó una mirada poco amistosa.

—Podéis marcharos ya, mis señores —les dijo—, que yo me hago cargo de este hombre.

Cruzaron entre sí unas miradas los corchetes, encogieron de hombros y, sin despedirse, dieron media vuelta y se perdieron entre el gentío.

—Firmad aquí —me dijo el sargento, y giró el papel y me tendió la pluma.

En lugar de trazar una cruz más de las muchas que llenaban el pliego, eché la rúbrica en el espacio que me señalaba con el índice. Quedose el soldado mirando la elegante caligrafía que trazaba mi mano, aunque esté mal que yo lo diga, y después me observó con mayor detenimiento.

—Veo que sabéis leer y escribir, señor... Torres —me dijo cuando dio por finalizado el escrutinio.

—Así es, he cursado estudios en la universidad de San Marcos, en Lima.

—Bien, bien, necesito alguien despierto, que entienda de números y cálculos y pueda ayudarme con los estadillos y anotaciones de la compañía —me dijo, rascándose el mentón con la mano, sin quitarme la vista de encima—. ¿Os creéis capaz de ello?

—Ponedme a prueba, señor sargento.

—En tal caso os tomaré como ayudante durante unos días, pues, como veréis, no es fácil encontrar entre la tropa alguien a quien acomode este menester. —Y con el pulgar señaló hacia el soldado que lo ayudaba.

Y dicho tal se levantó de la silla, salió de la sombra protectora de la lona y se volvió hacia la orilla.

—¡Cabo Hernán Vicente —gritó—, venid aquí, os lo ruego!

Al momento se allegó a donde estábamos un hombre de edad más que mediana, la barba y el pelo entrecanos, que renqueaba al caminar. Vestía un jubón sin mangas, camisa blanca, calzas cortas y acuchilladas y botas altas. Al costado siniestro portaba una espada, en cuya empuñadura apoyaba la mano, y en el diestro una daga.

—Voy a asignar al señor Juan Torres a vuestra escuadra. Acompañadlo a la Santa Ysabel, ayudadlo a acomodarse y ved que de ninguna manera abandone el puerto, pues es un preso acogido al perdón virreinal —le dijo el sargento con la voz firme y mirada inquisitiva.

—Descuidad, que conmigo estará a buen recaudo.

El sargento volvió a sentarse en la mesa y el señor Vicente, echándome muy amigablemente un brazo alrededor de los hombros, me pidió que lo siguiera hasta la orilla en busca de una barca que nos trasladase a la nao.

—¿Dónde está tu equipaje? —me preguntó mientras avanzábamos por la arena.

—No tengo más que lo que cargo encima.

—¿Cómo es eso, zagal? —se asombró, pero al punto me guiñó un ojo y soltó una risotada.

Había un continuo ir y venir de barcas, esquifes, chatas y bateles de la playa a los navíos y viceversa. Varaban en la orilla, donde los mozos y estibadores las llenaban con sacos, barricas, cajas, baúles, pipas o leña hasta colmarlas, aferraban bien la carga y las empujaban nuevamente hacia el agua. Hundidas casi hasta la regala, bogaban la escasa distancia que las separaba de alguno de los bajeles surtos en el puerto y se abarloaban a su costado para dar comienzo a la descarga.

Soldados armados con alabardas guardaban la orilla para ponerse al servicio del oficial de la Real Hacienda cuando pidiese inspeccionar cualquier alijo o fardo, y también para evitar que bajaran desertores de los navíos o subieran a bordo polizones.

Al poco de estar esperando, vimos acercarse un batel vacío y el cabo Vicente enseguida abordó al barquero para pedirle que nos llevase hasta la nao, pero este se excusó diciendo que no le pagaban por transportar pasajeros sino mercancías, que si queríamos que nos llevase a bordo debíamos pagarle cinco maravedíes, o esperar a que estuviese lleno e ir encima de la carga.

—Ni cinco ni dos, señor barquero —le dijo el cabo Vicente—, que no están los tiempos para esos dispendios.

Y ya nos disponíamos a buscar otro barquichuelo cuando a nuestra espalda alguien nos gritó que esperásemos. Al volverme vi que se trataba de un hombre alto y delgado, todo vestido de negro.

—Es el capitán Bernal Flores —me informó el cabo Vicente, mientras el hombre avanzaba con dificultad por la arena.

El capitán Flores tenía un rostro alargado, que la barba crecida y entrecana estiraba aún más, la expresión decidida y grave y el porte elegante de quien de joven debió de ser un buen mozo. Al llegar a nuestro lado saludó con formalidad al cabo Vicente, fijó apenas la vista en mí y entregó un par de monedas al barquero, indicándole que partiese. Ya fuera por el pago recibido o por la autoridad de su rango, lo cierto fue que el barquero nos invitó a subir y bogó hacia la nao sin decir esta boca es mía.

La nao en cuestión era un barco grande, de tres palos, alta de borda y con el casco pintado de franjas azules y rojas. Dejamos adelantarse al capitán Flores por la escala que llevaba hasta el portalón del combés.

—Qué navío más hermoso —exclamé al poner los pies sobre cubierta.

—Sí que lo es, aunque abajo la cosa cambia —me respondió el cabo Vicente—. Ven, acompáñame.

Cruzamos el ajetreado combés y, por una de las escotillas, bajamos al entrepunte, que era una cubierta corrida de proa a popa, de unos tres codos de altura, en la que un hombre de mediana estatura podía estar de pie sin golpearse la cabeza con los baos.

—Aquí nos alojaremos muchos soldados y colonos —me explicó el cabo Vicente, señalando a la multitud de fardos, cajones y baúles de todas las formas y tamaños, apilados y trincados en aparente desorden—. Como ves, el más lerdo vuela, y cada cual se arregla el espacio que mejor le cuadra para hacer su rancho.

Me condujo entre el revoltijo del fardaje y el movimiento de la gente hasta un espacio pegado a la banda de estribor, donde un con-

junto de cajas, arcas, sacos y otros bultos acotaban una especie de camareta.

—Esta será nuestra casa, zagal.

Me entretuve observando aquel reducido espacio de tablones embreados donde habría de vivir durante un tiempo indeterminado, quizá semanas, quizá meses, o quién sabe si de reposar en él eternamente: el curvado costado de la nao, los baos que sustentaban sobre mi cabeza la tablazón de la cubierta, la madera de las cuadernas y las falsas cuadernas, los tambuchos por donde entraba la luz, las escotillas que comunicaban las cubiertas, las escalas de madera y los muchos bultos arrumados en todas partes. Un olor fuerte y desagradable llenaba aquella cubierta, mezcla del sudor de los mozos que se afanaban en la carga, la podredumbre de la sentina y los excrementos de los animales enchiquerados, y pensé que jamás sería capaz de acostumbrarme a tal pestilencia.

Y mientras tal cosa meditaba y observaba todo con la curiosidad de lo nuevo, oía al cabo Vicente platicar con alguien a mis espaldas. De repente, de detrás de unos baúles, como si hubiera estado metida dentro de ellos, surgió una mujer morena y joven.

—Buenos días, señor —me saludó—. ¿Puedo saber quién sois?

—Buenos días, señora. ¿Y quién sois vos?

—Yo pregunté primero —dijo ella, sin ofenderse en absoluto por mi respuesta tan quisquillosa.

Aunque la luz en el entrepuente no era tan clara, pude ver bien unos ojos castaños y grandes que me observaban con frescura. Vestía una saya verde muy sencilla, de un solo cuerpo, y un corpiño negro que le comprimía el busto.

—Me llamo Juan Torres, mi señora... —Y prolongué la palabra a la espera de que ella me diera su nombre.

—Juana —dijo, sin añadir apellido ni otras señas.

—Pues, doña Juana, acabo de alistarme en la bandera de don Lope de la Vega y, según parece, aquí me quedaré si no se opone el maestre de la nao.

—Descuidad, que no se opondrá. Por cierto —añadió—, parecéis un hombre estudiado, que no necesita ganarse la vida en empresas como esta.

—No hay que fiarse de las apariencias. Lo cierto es que estaba recluido en la cárcel de Santiago de Miraflores —dije no sin cierto orgullo—, y para recobrar la libertad me he acogido al perdón que pregonó el virrey.



Observome la mujer con más atención, como queriendo calibrar el tipo de facineroso que podía ser yo y los motivos que me habrían llevado a presidio. Y también yo me fijé en ella con largueza. Sin que se la pudiera calificar de hermosa, pues eran muy angulosas sus facciones y demasiado grandes la boca y los ojos, no había duda de la galanura de aquella mujer.

—Sea cual fuera el delito —resolvió por fin—, no parecéis ningún truhán.

—Os agradezco la benevolencia, señora.

—No es benevolencia, señor Torres, pero conozco bien a los soldados y sé que no sois de los peores —dijo ella mientras sonreía—. Mas, decidme, en esta nao viajan dos compañías; ¿en cuál de ellas habéis asentado plaza?

—Lo ignoro por completo, señora.

—¿No sabéis si vais a servir con el capitán Flores o con el capitán Mondéjar? —se admiró ella, y todo en su rostro expresaba una mofa contenida.

—Sólo sé que estaré en la escuadra del cabo Hernán Vicente, que es quien me acompaña —dije procurando ignorar su sarcasmo; y señalé hacia él, que continuaba enfrascado en su plática.

—Entonces vuestra compañía será la del capitán Francisco Mondéjar.

—Pues es al otro al que conozco —dije yo.

—¿Al capitán Flores?

—Eso es. Hemos arribado a la nao en el mismo batel.

—¿Y qué os ha parecido? —dijo ella con renovado interés.

—Si he de ser sincero, os diré que una persona seria y un poco triste.

—Triste —repitió—. ¿Nada más?

Dijo esto con una sonrisa que invitaba a la confianza, por lo que también yo me animé a bromear:

—Bueno, yo diría que los ojos llorosos son propios de quienes abusan de la bebida.

—Y las ojeras, ¿qué me decís de las ojeras? —preguntó con mucha desenvoltura.

—Que sin duda completan el retrato —respondí yo por continuar con la broma.

—Un borrachín, entonces.

—Acertáis de pleno, señora. ¿Y vos, qué hacéis aquí, en este viaje tan penoso?

—Siempre me han atraído las aventuras, señor Torres, y no temo a los dificultades. —Y ante mi sorprendida mirada añadió—: Acaso a una mujer no pueden atraerle las aventuras, como a tantos hombres como hay aquí.

—No me acuséis de pensar lo que no he dicho.

—Vuestra mirada habla por vos, caballero. Sabed que, si por fuera somos diferentes, nuestras corazones pueden ser tan esforzados como el del hombre más bizarro —dijo ella, más lo dijo con una tan amplia sonrisa que les quitaba hierro a las palabras.

Tardé unos momentos en recuperarme de la sorpresa, no sólo de lo que ella decía, sino de la libertad con que lo hacía, pues no es fácil encontrarse con mujeres que expresen opiniones comprometidas con tanta libertad.

—Reconozco que me habéis asombrado, pero si acaso alguna vez tuve dudas sobre el asunto, os aseguro que vos acabáis de despejarlas, doña Juana. —Y doña Juana agachó gentilmente la cabeza, aceptando mi galantería—. Pero, además de vuestro corazón aventurero —proseguí—, hay algún otro motivo que os haya traído a bordo: ¿viajáis con vuestra familia, sois una dama acaudalada o una pirata disfrazada de colono?

Ahora fue una risa franca la que respondió a mi disparatado comentario:

—No, señor Torres, no levantéis castillos en el aire —dijo cuando contuvo la risa—. Es algo mucho más trivial lo que me tiene aquí: soy la esposa de un soldado.

«Voto a Dios que ha de ser afortunado el soldado por tener una mujer tan ingeniosa», pensé al punto, mas guardémelo para mí y únicamente pregunté:

—¿Y puede saberse de quién?

—¿Qué importa el nombre, si no conocéis a ninguno? —dijo con un tono menos amistoso.

—Permitid que insista —le solicité yo.

Bajó el rostro y se demoró un momento en responderme, como si encerrase un significado que habría de sorprenderme. Y ciertamente así fue.

—Soy la esposa del capitán Flores —dijo por fin, alzando los ojos con desafío y cerrando la boca en una mueca ligeramente burlona.

Entonces fui yo quién quiso esconderse dentro de algún baúl y, como no había ninguno abierto, quedeme de pie frente a ella, sin

saber qué hacer ni qué decir, y allí habría seguido, en tan ridícula pose, si no hubiera venido el cabo Vicente a sacarme del apuro.

—Vamos, zagal, déjate de pláticas, que volvemos a cubierta.

Y mientras salíamos del entrepuente sentía posados en mi espalda los ojos de doña Juana.

El movimiento que había en cubierta nada tenía que envidiar al del puerto. Bajo el mando del guardián, legión de mozos de carga se afanaban con la laboriosidad de las hormigas en el transporte y estiba de mercancías en la bodega de la nao. Por su parte, los marineros y grumetes, dirigidos por el silbato y las voces del contramaestre, tesaban la jarcía, daban un recorrido al navío y lo preparaban para la travesía. Y a este trajín había que sumar el ir y venir de muchos colonos que ya se habían embarcado y buscaban acomodo para ellos y su equipaje, y el de algunos carpinteros que estaban fabricando nuevas cabinas en las dependencias y cubiertas del barco.

—¿Qué es todo este ajeteo? —pregunté a mi acompañante—. Yo creía que la carga de las bodegas y el apresto de la nao se había hecho en El Callao.

—Y no te equivocas, zagal. Pero es que estamos cambiando de barco. Ven —añadió al ver la expresión de extrañeza que puse—, vayamos al coronamiento de popa.

Lo acompañé a través del combés, subimos por una escala a la cubierta del alcázar y por otra a lo alto de la toldilla, la cubierta más elevada de la nao. Nos acercamos a la borda y nos acodamos en ella. Enfrente se veían los promontorios terrosos que limitaban la ensenada, el cielo azul claro, las aguas tranquilas, ligeramente rizadas, y el movimiento de los bateles.

—Dime, Juan Torres, ¿cuántos barcos ves en el puerto? —preguntó el cabo Vicente señalando hacia los otros navíos allí surtos.

—Veo cinco, señor Vicente. ¿Por qué me lo preguntáis?

En lugar de responderme, el cabo Vicente sonrió y me hizo otra pregunta.

—¿Y cuántos crees que componen la flota?

—Supongo que los cinco que hay en la ensenada.

—¡Pues no, zagal! —exclamó, golpeándose la rodilla con la mano y riendo como un niño—. La flota está formada por cuatro navíos. Fíjate allá, en el más distante: es la galeota San Felipe, propiedad del

capitán Felipe Corzo, y a su lado está la Santa Catalina, una fragata cuyo dueño es el capitán Alonso Leyva.

En efecto, allí estaban ambos navíos, que eran los más alejados de nosotros y se hallaban fondeados casi fuera de la pequeña y abierta ensenada de Cherrepe. La San Felipe, con el casco alargado y pintado de color negro, envergaba velas latinas y tenía una sola cubierta. La fragata era el barco de más finas hechuras, su cubierta era corrida, la arboladura de dos palos y el casco franjado de negro y amarillo, como los navíos de las flotas de guerra.

—La siguiente es la San Jerónimo, la nao capitana, de doscientas cincuenta toneladas —prosiguió el cabo Vicente, señalando a una hermosa nao de tres palos que parecía, por el tamaño, la madre de las otras dos, e iba adornada con el pendón real y las armas de don Álvaro de Mendaña.

—Parece un barco algo viejo —comenté.

—Viejo pero recio, zagal. Esa nao tiene varios años de servicio a la Corona —dijo el cabo Vicente—, pues se cuenta que fue uno de los navíos que lucharon contra el pirata Francisco Dráquez. Y por último —continuó—, esa que está más cerca de la orilla, algo escorada, era la nao Santa Ysabel, mandada por don Lope de la Vega, nuestro capitán.

—¿No es este barco la Santa Ysabel, señor Vicente? —preguntele asombrado.

—He dicho «era», zagal. Esa de ahí era nuestra nao almiranta hasta hace un par de días, y nos trajo desde El Callao hasta aquí.

—¿Y por qué habéis cambiado de embarcación? —pregunté yo, intrigado por asunto tan chocante—. ¿Acaso se ha malogrado en la travesía?

—A eso voy, no seas impaciente —dijo el cabo Vicente—. En estas pocas singladuras que llevamos navegadas los marineros no han hecho sino quejarse de ella, jurando que es un cascarón podrido que no aguantará ni cien leguas sin descuadernarse, cuanto menos una travesía de mil quinientas. No han parado de murmurar, e incluso dieron en ponerle de apodo «el Ataúd».

—Muy negro ha de ser el humor de estos marineros —comenté yo.

—Es difícil entenderse con ellos, zagal; se burlan de nosotros y, cuando estorbamos su faena, nos apartan sin consideración —dijo el cabo Vicente, y a continuación me contó los hechos acaecidos en el puerto de Cherrepe los dos últimos días.

Ocurrió que al arribar al puerto estaba fondeado en él un barco de reciente fábrica y sólido porte llamado Virgen de la Candelaria, que cargaba mercaderías para hacer viaje a Panamá y Acapulco. La presencia de esta nave tan nueva y hermosa despertó la codicia de don Lope de la Vega, que quiso cambiarla por la Santa Ysabel y poner fin al rosario de quejas que recibía de la gente de mar. Y así como lo pensó, se fue a buscar al adelantado Mendaña para proponérselo, pero este se negó a cometer semejante atropello y despachó a don Lope sin hacer caso de su proyecto. Sin embargo, don Lope no se dio por vencido: no quería arriesgarse a cruzar la Mar del Sur en un cascarón podrido y con tan siniestro apodo, por lo que esa misma noche mandó barrenarlo en secreto y a la mañana siguiente volvió a la carga ante el adelantado Mendaña, exigiéndole más que rogándole que se apoderase de la Virgen de la Candelaria merced de la autoridad con que había sido investido. Se resistió el Adelantado, alegando que las capitulaciones reales no eran una carta de corso; insistió don Lope, que logró poner a su favor a doña Isabel Barreto, y por fin entre los dos lograron mover su voluntad. Así que a la mañana siguiente expropiaron el navío a su armador, un clérigo llamado Alfonso de Valencia, contra un pagaré que prometía la entrega, a la vuelta de la expedición, del duplo del valor de la nave confiscada.

El buen hombre, sintiéndose objeto de un expolio, intentó primero oponerse con súplicas y protestas, denunció después el hecho ante el alguacil mayor del puerto y amenazó con llegar hasta los reales oidores; mas luego, entendido que hubo lo amplio de las capitulaciones de Mendaña y la esterilidad de cualquier resistencia, encolerizado y a grandes voces elevó un ruego a Nuestro Señor, con vehemente solemnidad, para que la nao nunca llegase a salvamento. Y aunque tan terrible oración no le devolvió la posesión de su barco, tuvo el efecto de atemorizar a no pocos de los colonos y tripulantes hasta el punto de que algunos de ellos intentaron desertar.

—Además —prosiguió el cabo Vicente—, durante el acarreo del cargamento de una nao a la otra se han producido mil y una pillerías, pues una buena parte de la carga de la Virgen de la Candelaria se ha saqueado y el resto se ha abandonado sobre la playa sin mayor cuidado ni reparo, exponiéndola a las raterías de los truhanes y desocupados que inundan esta improvisada Babel.

—¿Y don Álvaro ha permitido que ocurra todo esto? —pregunté sorprendido, pues me parecía de justicia la queja del clérigo. Yo no

era marinero ni entendía de asuntos náuticos, pero la diferencia entre ambas naos resultaba notoria. El Ataúd destilaba senectud y longevidad por los cuatro costados, mientras que la nao expropiada era un navío de nueva construcción, con las cubiertas y palos recién barnizados, la pintura del casco flamante, la jarcia y aparejos en perfectas condiciones y unas formas esbeltas y muy modernas.

—El Adelantado se ha dejado vencer por la determinación de los demás. Me da que a don Álvaro su señora esposa lo tiene muy bien esposado —bromeó el cabo Vicente, bajando la voz y guiñando un ojo—. En fin, dicen que es hombre recto y formal, austero y muy rezador —prosiguió ya con más seriedad—, pero que no desea enemistarse con nadie; al contrario, en bien de la empresa busca a toda costa mantener la paz y buena armonía entre los principales, y eso lo está obligando a hacer concesiones que en otras circunstancias quizá no haría.

—Mal comienzo para una travesía tan larga y arriesgada —me atreví a opinar.

—Eso mismo pienso yo —dijo el cabo.

Al día siguiente bajé a tierra para ayudar al sargento Enríquez en sus tareas. Sentado entre él y Mateo Conejero, el soldado que lo ayudaba a poner piedras sobre los papeles, me encargaba de pasar a limpio el estadillo de todos los soldados embarcados en la nao, con sus pertenencias y el matalotaje subido a bordo, ordenándolos en función de la compañía a la que pertenecían: la del capitán Flores o la del capitán Mondéjar.

El día, aunque soleado, no resultaba agobiante, pues soplaba una brisa juguetona que hacía flamear las lonas y tendales y se llevaba hacia tierra el mucho polvo que levantaba la multitud que abarrotaba el puerto.

Estaría mediada la mañana cuando me pareció ver en medio de tan ajetreado bullicio una cara conocida. Alcé la cabeza y, mirando con más solicitud, pude reconocer al mismísimo don Melchor Navarrete. Con él venían, haciéndole séquito, sus dos hijos varones, Miguel y Martín, y el señor Abel Hinojosa.

No los había visto desde el día en que tuvimos la reyerta y me impresionó observar que Martín caminaba un poco encogido, mostrando mucha debilidad, como si aún le molestase la herida. Avan-

zaban hacia nosotros siguiendo la orilla y, cuando estaban como a unos veinte pasos del tenderete, Martín Navarrete me vio. Al punto se detuvo, me señaló y se dirigió hacia mí gritando.

—¡Un fugitivo! —exclamaba a medida que se acercaba, seguido de los demás, con voces que destacaban por encima del bullicio general.

—¡Aquí los alguaciles! —lo secundó el Hinojosa desde detrás, que también me había visto—. ¡Un fugitivo!

Miguel Navarrete detuvo a su hermano para evitar que se me encimase, pero el índice de Martín seguía señalándome mientras pregonaba que allí había un presidiario juzgado y condenado.

Los curiosos se volvían a ver qué sucedía, y pronto hubo un nutrido corro a nuestro alrededor. Cansado de tanta bulla, me levanté dispuesto a responder a Martín Navarrete como se merecía cuando un alguacil menor y dos ministriles allegáronse junto a los Navarrete. Atendiendo a la acusación que Martín seguía lanzando sobre mí o quizá al predicamento y dignidad de su padre, el alguacil menor ordenó a sus ayudantes que me prendiesen.

—Alto, mis señores —les dijo el sargento Enríquez, levantándose y encarándoselos—. Este hombre está alistado en la bandera de don Lope de la Vega.

Los ministriles se detuvieron y miraron hacia el alguacil, que pareció dudar un momento, pero la insistencia de Martín Navarrete en inculparme lo animó a continuar.

—No tenéis autoridad para prender a este soldado —advirtió el sargento Enríquez, sin querer añadir mayores explicaciones, y con un gesto reclamó la ayuda de unos soldados que estaban cerca.

Acercáronse tres o cuatro de ellos y al momento vinieron otros tantos, que flanquearon al sargento Enríquez con los brazos en jarras. Don Melchor Navarrete, que se había mantenido en silencio, observando la escena con rostro ceñudo y severo, puso la mano en el brazo de su hijo haciéndolo callar con tan simple gesto.

—Vámonos, Martín —le dijo—, que estamos llamando la atención de mucha gente.

Se resignó Martín y alejáronse los Navarrete. Tras ellos se fueron los alguaciles, se apartaron los soldados y retiráronse los curiosos. Sin embargo, cuando se hubieron marchado todos, vi que Abel Hinojosa aún permanecía en pie frente a nosotros.

—¿Qué se os ofrece, señor —le preguntó el sargento Enríquez mientras volvíamos a sentarnos—, no habéis tenido ya bastante diversión?

Dio Hinojosa un paso al frente y se allegó hasta la mesa.

—Vengo a alistarme —respondió el Hinojosa con mucha altanería, pero mirándome a mí en lugar de a él—, por eso me acompañaban mis amigos. —Y señaló más allá, en medio del gentío, donde, en efecto, lo estaban esperando los don Melchor y sus hijos.

La sorpresa me dejó sin habla, y no sólo porque el haber visto a los familiares de doña Elena hubiera reabierto de golpe unas heridas que iniciaban su curación, sino porque había considerado al Hinojosa el último hombre de Miraflores dispuesto a enrolarse en una empresa tan arriesgada. Pero al instante me sacó de mis reflexiones el sargento, que le había pedido su nombre, filiación y demás documentos y licencias que se requerían para embarcar en la expedición. Mostróselos diligente el Hinojosa, mas, antes de anotar su nombre en el papel, Enríquez volvió a preguntarle si estaba seguro de lo que hacía.

—Acaso me tomáis por necio, señor. ¿Qué otra cosa puedo estar haciendo aquí?

—Bajad esos humos, don Abel —dijo el sargento con mucho retintín; y señalándolo con la caña de la pluma prosiguió—: os lo pregunto porque una vez hayáis firmado ya no podréis volveros atrás, y, si lo hacéis, seréis declarado desertor y perseguido por la justicia ordinaria en todo el virreinato. —Y sin esperar su confirmación comenzó a inscribirlo en el pliego que tenía delante.

Mientras eso hacía, yo recuperé la voz y le pregunté a Hinojosa si es que se había quedado sin caudales para dar un paso tan temerario.

—No, señor Torres —respondió con una sonrisa muy torcida—, es que voy siguiendo a mi amada doña Elena.

Oír aquella frase me provocó unos celos tan bruscos que sentí deseos de saltarle al cuello y estrangularlo.

—Firmad aquí —le exigió el sargento, y una vez lo hubo hecho le informó de que la flota zarparía por la mañana del siguiente día—. Espero —concluyó— que no tengamos que demorar la partida para buscaros.

—Descuidad, que allí estaré.

Y, dejándome mohíno y apesadumbrado, dio la vuelta y se marchó en pos de los Navarrete: ¿cómo era posible que doña Elena pudiera prestarle atención a semejante bellaco?, y apretaba los puños y me mesaba los cabellos. Mas, en cuanto logré sosegarme y recobrar la cordura, descarté tan grotesca idea. Estaba seguro de que la dama jamás pondría sus ojos en él. Sólo el afán de mortificarme podía ha-



berlo llevado a vanagloriarse de ello, pensé, aunque tal pensamiento no consiguió desterrar de mi corazón la desazón de los celos. No obstante, una pregunta iba abriéndose camino poco a poco en mi caletre, hasta adquirir forma y sonido: ¿no había dicho el bribón que se enrolaba por seguirla a ella? ¿Adónde? ¿Acaso doña Elena...?

—¿Qué os pasa —me preguntó entonces el sargento—, os ha hecho algo este caballerete?

—De caballero tiene poco, señor sargento, podéis estar seguro —le respondí con firmeza.

En todo caso, pronto supe que, aparte de la arbitraria expropiación de la Virgen de la Candelaria, la falta de firmeza de don Álvaro estaba dando a pie a que se cometieran ciertos abusos y desafueros que, sin yo saberlo, explicaban la presencia de don Melchor y sus hijos en el puerto, que no había sido fortuito, sino un hilo más en la red de mi destino.

Sucedió que capitanes de los otros navíos, y en especial don Lope de la Vega, habíanse apropiado sin ningún sonrojo de muchas mercancías que había en los almacenes de Cherrepe esperando a ser flegadas a otros puertos. Tales acciones consiguieron despertar la ira del alguacil mayor del puerto, vecino de Santiago Miraflores, que si en el asunto del clérigo no había movido un brazo, en cambio no quiso consentir el expolio que se estaba cometiendo en los almacenes de sus vecinos y amigos, y se enfrentó a don Lope, amenazando con prenderlo y encerrarlo.

Para que la cosa no fuese a más, el propio Mendaña hubo de bajar a tierra, poner coto al saqueo y calmar al alguacil mayor, lo que no fue tarea fácil.

—Los atropellos que vuestros capitanes están cometiendo pueden convertir a cualquiera en huésped de prisión —protestaba el alguacil mayor—, pues debéis saber que son delitos penados y perseguidos por las leyes de este reino

—Tranquilizaos, señor alguacil —le respondió el Adelantado—, que yo os doy mi palabra de que nadie volverá a llevarse un solo bulto de ninguno de los almacenes.

—¿Y qué más van a llevarse ya si los han despojado de todo? —insistía el alguacil—. Hay caballeros muy respetados en esta villa que por vuestra culpa están a pique de arruinarse.

Y le requería a don Álvaro que fueran devueltas todas las mercancías robadas. Pero los capitanes se negaban a hacerlo bajo el ar-

gumento de lesa necesidad. Pidió el alguacil que se indemnizase a los comerciantes, negáronse nuevamente los capitanes y don Álvaro, que no quería enfrentarse con ellos, intentaba mediar con promesas y buenas palabras hasta que logró llegar a un acuerdo de futuras reparaciones que, si no convenció del todo a los almacenistas, al menos los calmó.

A todos menos a don Melchor Navarrete, que, por tener el mayor y más surtido almacén, había sido también el más perjudicado y de ninguna manera lo resarcirían de las pérdidas las reparaciones acordadas con los demás.

—En mi factoría tenía géneros por valor de más de dos mil ducados y había acordado varios fletes muy lucrativos —se quejaba el comerciante—, y vuesa merced no me ofrece ni un cuarto de lo que valen.

Asentía don Álvaro con la cabeza, se mesaba las barbas y con paciencia, con la paciencia acumulada a lo largo de veinticinco años, la paciencia que necesitó para tratar con cinco virreyes y un monarca, le respondió a don Melchor sin alterarse y sin alzar la voz:

—Os indemnizo mejor que a ningún otro comerciante de Miraflores, señor Navarrete, y las compensaciones que os propongo no son vagas ni vanas, que las sustentan mi palabra y el acuerdo que se os entregará por escrito. Pensad que a mi regreso podéis ganar una fortuna.

—Si es que regresáis.

—Todos arriesgamos mucho en este envite.

Pero las razones del Adelantado no terminaron de convencer a don Melchor, que desconfiaba de recuperar lo perdido. Mas lo que no pudo lograr el Adelantado don Lope lo consiguió con otras razones. Don Lope de la Vega, que conocía desde hacía años al rico-hombre y sabía de su ambición, le propuso que se uniese a la expedición y considerase las mercaderías expropiadas como su particular inversión en la empresa. Hízole ver también otras ventajas de sumarse a la aventura: el lugar privilegiado de las Salomón para el comercio marítimo, cruce de caminos entre las Indias de Oriente y Occidente, la riqueza de aquellas tierras sin explotar y, conociendo el punto flaco de don Melchor, que era el deseo de casar a su hija con alguna familia de renombre, indicole también la soltería de dos de los hermanos de doña Isabel Barreto y de otros varios oficiales de probada hidalguía que viajaban en los barcos. Por último, se com-

prometió a buscar acomodo para él y sus acompañantes en su nao y espacio en su bodega para que embarcase cuantos bienes estimara oportuno. Y Melchor Navarrete, que entendió que no habría otra forma de recuperar su dinero y, como buen comerciante, sopesó los posibles beneficios, acabó por aceptar el arreglo que le ofrecía el capitán.

Y así, a causa de aquel inesperado suceso coincidí con la dueña de mis afectos en la jornada de las islas de Poniente.

Don Melchor Navarrete, que habíale tomado con largueza la palabra a don Lope, llevaba tan amplio matalotaje que hubieron de moverse bastantes cosas en la bodega para acomodar los muchos baúles de ropa y efectos personales que portaba: tres cochinas preñadas, otros tantos borregos, cántaras de vino y aguardiente, miel, aceitunas en salmuera, higos, almendras, otras muchas viandas y dos cajones llenos de bisutería para cambiar con los indígenas cuando llegásemos a nuestro destino.

Con don Melchor viajaba toda la familia excepto su hijo Miguel, al que dejaba a cargo de dirigir y encumbrar nuevamente el negocio en el Perú. A media tarde subieron todos por el portalón del combés y cruzaron en procesión entre los curiosos que llenaban la cubierta: abría la marcha don Melchor, digno y elegante; seguíalo su hijo Martín con la cabeza muy alta y engallada; detrás iba su esposa, doña Mercedes, con la expresión triste y resignada; doña Elena y su criada Inés, y cerraba la comitiva un pomposo Abel Hinojosa, a quien el sargento Enríquez, en una ocurrencia con muy poca gracia, había asignado también a la escuadra del cabo Vicente. «Vamos a meter a estos dos gallos en el mismo gallinero», había dicho aquella mañana riendo muy cachazudo. En todo caso, yo no tenía ojos más que para doña Elena. Poder admirar la belleza de su rostro, que durante meses había estado tratando de componer en mi imaginación, y dejarme fascinar por la elegancia de su porte, el color de sus cabellos, el arrebol de su cutis al sentirse expuesta a tantas y tan ávidas miradas, el aleteo nervioso de su nariz y el reflejo esmeralda de sus ojos hicieron de mí el hombre más dichoso del mundo, a pesar de que ella no reparó en mí ni miró hacia otro lugar que no fuera la espalda de su madre. Sin embargo, estaba seguro de que su presencia en la expedición, y precisamente en aquella nao, no podían significar sino que la providencia nos había unido, pues ¿qué otra explicación podría tener semejante coincidencia?

Al fin entraron todos en el alcázar, para acomodarse en la amplia cabina que don Lope había dispuesto para ellos, y al momento los perdí de vista.

—Mucho te has fijado en esa señora —me dijo el cabo Vicente con algo de guasa.

—Me distraía con la comitiva, señor Vicente —respondí, tratando de esquivar su curiosidad.

El cabo me dio una palmada en la espalda y me llevó hacia la borda de estribor para observar cómo la flota levaba áncoras, largaba velas y zarpaba; y despedirnos, quién sabe si para siempre, de Cherrepe, del valle de Zaña y de la villa de Santiago de Miraflores.

Restaba solamente hacer aguada, de la que iba escasa la flota, y para ello navegamos a la vuelta del norte en demanda del puerto de Paita. Allí se llenaron todas las pipas vacías y aún se compraron algunas más para completar la provisión de agua de los navíos. La Santa Ysabel embarcó un total de seiscientos ochenta pipas castellanas, de veintisiete arrobas y media de agua cada una, y se estibarón en filas de a tres en la bodega baja, cuyo puntal parece diseñado a tal propósito, pues entre la fila superior y los baos de la siguiente cubierta apenas cabe una mano.

Y siguiendo el hábito que empezaba a ser costumbre, también en este puerto hubo confusión y desgobierno a causa, esta vez, de un altercado entre los principales de la flota y del que, por ocurrir en la capitana, nos llegaron solamente rumores. El asunto tuvo que ver con unas palabras ofensivas que, por cuestión de competencias, hubo entre el maese de campo y el piloto mayor de la flota, don Pedro Quirós. Según lenguas, el ofendido piloto decidió abandonar la empresa, se desembarcó y alojose en una posada del puerto con su mujer y su bagaje. Durante más de dos días estuvieron don Álvaro y su esposa y otros señores haciéndole ruegos y promesas por lograr convencerlo, hasta que al final desistió de su propósito y consintió en volver. Y no fue mala su elección, a fe mía, pues que quizá haya sido el único en ganar fama y honores con esa jornada.

También allí, en el puerto de Paita, tuvo lugar el matrimonio entre don Lope de la Vega y la señora doña Mariana, cuñada del Adelantado. Don Lope era un hidalgo venido de España en su juventud. Tenía la estatura mediana, el cuerpo macizo y una cabeza ancha sobre

un cuello pequeño. Era además hombre inteligente, con facilidad para el trato de gentes, que habíase labrado una reputación de capitán eficaz y organizado en asuntos de guerra con los indios y otras cuestiones del gobierno de la provincia. Estas virtudes, junto al matrimonio con doña Mariana, le habían ganado la confianza de Mendaña, que lo nombró capitán de la Santa Ysabel y almirante de la flota.

La ceremonia se celebró la víspera de la partida, en la explanada que hay frente al puerto. Ante el vicario de la flota y una multitud de más de trescientas personas, el Adelantado acompañó a doña Mariana hasta el altar para entregarla a su futuro esposo. En la clara y soleada mañana fueron dichas las amonestaciones, entregadas las arras y unido el sagrado lazo entrambos dos. Cuando don Lope abrazó cortésmente a doña Mariana se gritaron vítores y se lanzaron bonetes al aire.

Mas al fin la ceremonia no sirvió para nada, pues el Adelantado les impuso a los cónyuges el sacrificio de viajar separados, sin tener trato carnal en tanto la expedición no alcanzara su objetivo. Tal providencia pareció un disparate al desposeído don Lope, que protestó airadamente por ello, y provocó las súplicas de doña Mariana, enviadas a través de su hermana Isabel, pero el piadoso don Álvaro mantúvose firme en esto, que no en otras muchas cosas, y le respondió que él sería el primero en dar ejemplo.

—Sí, mi señor don Álvaro —le replicó con insolencia el capitán—, pero vuesarced viajará en el mismo navío que vuestra esposa, separados por el grueso de un mamparo, mientras que doña Mariana y yo estaremos distanciados por el espacio que media entre dos navíos.

No gustó al Adelantado aquella réplica, mas contuvo la irritación y con mesura le contestó que se hiciera a la idea de que entre él y su esposa ese mamparo sería igual a la inmensidad del océano.